

José Franz Medrano Solares

## La Novia

Desde su nacimiento, una de las ciudades que más se identificó con los espectros, las almas en pena, los espíritus, los condenados y todo tipo de fenómenos paranormales fue, sin lugar a dudas, la Villa Imperial. Aún en nuestros días, a tal grado llega la superstición en su seno que, la mayoría de sus gentes, apoyándose en su inagotable imaginario popular y portentoso sincretismo cultural, siempre hallan la ocasión para ponerse en contacto con lo invisible y sobrenatural, creyendo percibir las enigmáticas humaredas del más allá en cualquier recoveco de la vieja ciudad. El advenimiento de un nuevo milenio, con su carga de escepticismo y pragmatismo, no logra impedir que algún fantasma desubicado en el tiempo y en el espacio, de vez en cuando, retorne desde edades pretéritas para compartir con sus crédulos moradores reencuentros escalofriantes, pero necesarios para conservar una relación siniestra y centenaria que, con certeza, enriquece el patrimonio intangible de la capital que vigila el Coloso de Plata.

Si bien todas las regiones de Bolivia cuentan con narraciones fantásticas, las historias de aparecidos en Potosí son tan prestigiosas e incabables como sus legendarios filones, las mismas que se reproducen, generación tras generación, como espontáneamente se multiplica la rubia paja brava en sus abruptas montañas. Las historias de novias espectrales tienen una larga data y empiezan en la colonia, para luego dilatarse hasta nuestros días, pudiéndose deducir, sin mucho esfuerzo, los rastros indelebiles de la época en que se originaron. Generalmente, estos relatos misteriosos tienen como denominador común a una mujer ataviada con un traje de bodas que toma desde la muerte debido a un agravio de amor que le produjo un gran sufrimiento. En una noche cualquiera, en una callejuela desolada o tras un añoso recodo, emerge la Novia con su nívoo aspecto fantasmagórico y su faz de horripilante calavera para sembrar el pánico, hasta en los más corajudos nochernlegos y, especialmente, en los siempre desprevenidos vasallos del alegre Baco, a quienes se les presenta con marcada predilección. La tradición afirma que el alma maligna de esta atribulada dama sólo deja de aterrar a los inocentes mortales cuando un sacerdote oficia una misa en su nombre; merced a ello, su alma deja de penar y encuentra, al fin, la anhelada paz eterna. A propósito, ahora es cuando se hace menester narrar una singular y peregrina historia que acaeció hace algún tiempo atrás.

Era la época en que gobernaba al país el Gral. David Padilla Arancibia, quien mediante un decreto había convocado a elecciones para el 1.º de junio de 1979. Esta disposición alojó automáticamente la tensión social y política en la que entonces se debatía el pueblo boliviano. El filo de la medianoche del antepenúltimo día de marzo del referido año, sorprendió al noctívago Gato transitando las callejas ondulantes de la Ciudad ónica, se notaba en él la urgencia de unirse a quienes esperanzados se ocupaban, con antelación de dos meses, de pintar consignas políticas contestatarias al putrefacto sistema imperante. Como la mayoría de los ciudadanos, no pertenecía a ningún partido político, empero su corazón indómito galopaba jubiloso en su pecho al constatar que el pueblo, pese a estarse desangrando, de a poco estaba venciendo a la "dictadura de las charreteras" en la urgente y testaruda batalla por reconquistar la democracia. Luego de pintarrajear los muros con mensajes insurgentes y a modo de festejar el momento preelectoral, el Gato y su guilarra juntaron sus voces y elevaron su canto repleto de sonoridades emancipadoras por encima de las conciencias amodorradas por el conformismo y el miedo. Inmediatamente, se adhieron entusiastas las voces de los esperanzados e improvisados pintores que anónimamente luchaban por lograr una apertura democrática. Y así, entre cánticos recordaron a los rastros idólatras del yugo que siempre hubieron y habrán, hombres para los cuales la dignidad, la libertad y la justicia nunca serán utopías inalcanzables.

Sin embargo, cuán lejos estaban de intuir que, a los bolivianos, el futuro medio todavía les deparaba jornadas luctuosas provenientes de hombres mutantes convertidos en ratas, como Natusch Buch, García Meza y otros, que haciendo uso de la barbarie fratricida asaltaron el Poder del Estado el 1.º de noviembre de 1979 y el 17 de julio de 1980, respectivamente. Años más tarde, el 10 de octubre de 1982, ahíta de la sangre del pueblo se erigió la esquila democrática, y ésta, a partir de aquella fecha, reiteradamente fue vilipendiada y aprovechada, como si fuese una hetaira, por unos cuantos políticos pérfidos al servicio de sus apetitos groseros y de intereses totalmente extraños a la patria. Pero esto último, es otra historia tenebrosa que pugna por sobrevivir en la frágil memoria del hombre y del tiempo.

El

Gato, después de embadurnar las paredes con proclamas democráticas y luego de haber cantado las encendidas en favor de la libertad, se despidió de sus acompañantes. Una vez sólo, empezó a trajar su insomnio por las intrincadas calles potosinas. Habían transcurrido dos horas después de la medianoche y el cerco se complacía arrancando tétricos silbidos de los cables de alta tensión; entretanto, los minúsculos dedos de una impertinente flovizna al tocar su cuerpo lo estremecían hasta estarle el alma. Por experiencia, el empedemido lunante sabía que existían dos clases de oscuridades: una, pacífica y benévola; y otra, amenazadora y



peligrosa. Debido al lúgubre entorno reinante, esta última pareció estar presente aquel momento agorero.

En su divagar, el Gato llegó hasta la calle Hernández, apenas lo separaban unos escasos tres metros para arribar a la esquina de la calle Nogales, cuando de pronto escuchó una estridente y demotónica carcajada! —y casi al unísono— Aún atarido desesperado y pavoroso! Su corazón de bohemio se petrificó por unos instantes y le recorrió por la espina dorsal un frío de lápida. Librándose de esta primera impresión, giró raudamente en torno a la esquina y, avanzando unos metros, estupefacto pudo observar medianle los destellos de un relampaguear intermitente que, a la altura de la «Plazuela 1.º de Octubre», se perfilaba la figura espeluznante de una mujer vestida de Novia, la misma que estaba inclinada sobre un bulto lirado en el suelo al que revolcaba de un modo salvaje y frenético. La *Dama de Blanco*, advirtiendo la súbita presencia del Gato, se irguió de un modo amenazador y espectral, y, enseñándole su marfilado rostro de calavera, le dejó que advinara sus pupilas de fuego. Acto seguido, se escurrió como una alucinación óptica en la noche coagulada de sombras. A los lejos volvió a escucharse su reír desafiador al que se unieron los ecos más débiles de otras risas fantasmales.

Llegado desde el oscurantismo de las primeras edades, un temor supersticioso y primitivo intentó apoderarse del Gato. Empero, el racionalismo indócil que lo habitaba, sumado a su invencible curiosidad felina, poco a poco pudieron disipar la nube negra de su recelo. Luego, con mucha precaución, paso a paso, se acercó al bulto yaciente en el piso y con perplejidad advirtió que se trataba de un hombre desarropado al que le manaba sangre de la nariz en forma profusa. El infortunado, con los vestigios de haber ingerido alguna bebida alcohólica hasta el hartazgo, al sentir la proximidad del Gato se aferró a los pies de éste intentando buscar su protección, susceptible de que todavía pudiese retornar el espantajo; mientras, con los ojos desorbitados farullaba palabras totalmente incoherentes e ininteligibles como efecto de la impresión que le había causado la hórnda visión. Una aguda sospecha empezó a tomar forma en la mente del Gato. Un minero que en ese momento pasaba por el sitio, enterado del insólito hecho y reparando en la escandalosa desnudez del infeliz, a pesar de la flovizna y del frío, conllemado le obsequió un sobreteado de goma que le servía para desempeñar su dura faena y enseguida se marchó con mal disimulada prisa, no sin antes perignarse medroso una y otra vez.

Nuevamente a solas con el incauto, el Gato de una sorpresa pasó a otra, puesto que al estar limpiando el rostro ensangrentado del mismo, con estupor pudo reconocer en sus facciones caballunas a un mal reputado sayón que trabajaba para el nefasto D.O.P. (Departamento de Orden Político) de la Policía Departamental de Potosí. Este personaje, era el mismo que, con un inexplicable odio de alacrán, ejercía el papel de verdugo en contra de aquellos que valientemente se oponían a la oprobiosa dictadura militar. Este hombre ahora lloroso y aterrado como un niño, era el mismo que con la saña de una bestia sanguinaria y alcohólica ejercía su triste tarea de esbirro utilizando la columna, la persecución, el allanamiento ilegal, la tortura, las vejaciones, el robo y otros procedimien-

tos vedados para cualquier hombre de bien. A los pocos instantes del descubrimiento efectuado por el solícito aventurero, arribó un automóvil de alquiler que casualmente transitaba por el lugar, cuyo conductor se ofreció solidariamente para llevar hasta su domicilio al paramilitar caldo en desgracia. El Gato al verlo partir movió la cabeza enigmáticamente de un lado al otro. Había dejado de caer la mollizna y una humedad incisiva le mordía la piel y los huesos.

A eso de las cuatro de la madrugada, por inmediaciones de la plaza «El Minero», cuando el

Gato regresaba a su hogar con la huella escarfiada de los labios de una dulce mujer impresos en su camisa, inesperadamente escuchó de nuevo esa risa perversa que le había causado desasosiego unos dos horas antes, un repentino presentimiento lo impulsó a buscar el lugar do donde provenía la misma. Su indagación lo llevó hasta una recóndita y pestilente taberna, la cual se encontraba atostada de hombres y mujeres do baja estofa. En una de las esquerosas mesas, bajo la luz nómica de una solitaria bombilla eléctrica, se destacaba un hombre do semblante anguloso y cetirno y, precisamente en él se originaba esa risotada luciferina que filtrándose por las rajaduras de las descoloridas paredes llegaba a expandirse por casi todo el suburbio. El torvo y esquelético personaje tenía los ojos empujados por la dilatación de sus párpados, sus feroces pupilas parecían flotar en dos charcos do sangre; mientras tanto, obró do alcohol y lascivia, con sus manos enguantadas do mugre estrujaba las carnes flácidas de una desastrosa mujer que lujuriosa jadeaba entreabriendo su boca alborada do dientes podridos. A su lado, en una silla, reposaban olvidados un trajo do novia grisiento y una máscara do calavera que se constituían en pruebas fehacientes de las siniestras andanzas do su malviviente poseedor. Por un momento, el ligero resplandor de un cigarrillo pareció arrancar una mueca grotesca a la blancuzca y maligna carola.

Luego de su pesquisa, al Gato le pareció una ironía mordaz del destino confirmar, como en horas recientes, un vulgar y picaro ladrón había logrado embaucar a un desalmado agente del D.O.P., además do despojarlo impunemente de todas sus pertenencias hasta dejarlo vergonzosamente desnudo. Aparentemente, se estaba cumpliendo el consabido proverbio: *Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón*. Paradójicamente, pese a vivir inmerso en el mundo del hampa y el vicio, esa tétrica madrugada el protovo policía y paramilitar no pudo diferenciar entre un avisado caco y una criatura del otro mundo, como tampoco supo distinguir, mediante la lógica de su juicio obnubilado por el licor y la superstición, la línea perceptible que separaba lo natural de lo sobrenatural. Con sobrada razón el sabio pintor Leonardo Da Vinci, quien excéntricamente gustaba escribir do derecha a izquierda, refiriéndose al ilustro juicio humano, alguna vez con extraordinaria lucidez anotó en su brevuario lo siguiente: (1) «*elcuj olporp ortseun omoc osohagne nat yah adan*».

Mucho antes que se hubieren cumplido los cien años del perdón prometido por el apotagma popular el 1.º do abril de 1980, la página No.9 del periódico «El Siglo» consignaba un subtítulo que rezaba así: «*DELINCUENTES REMITIDOS A LA PAZ*». La noticia detallaba que, un par de ladrones, habían sido despachados a la sede de gobierno después de perpetrar un robo por un valor de \$b 9.800 en la *Casa Comercial Salcedo*, ubicada en la calle Matos No. 71. El Gato, que en el caso de ese día se encontraba leyendo el indicado diario, constató con sumo interés que en la fotografía precedente a la información posterior, uno de los dos mathechores, el más espigado, era sin lugar a dudas el mismo hombre do faz patibularia que, un amanecer lóbrego de fines de marzo del año anterior, personificó magistralmente a la fantasmagórica Novia. La Policía Nacional de entonces, si bien supo desenrañar varios delitos consumados por el temerario y prontuado sujeto, jamás pudo percatarse, ni sospechar siquiera, sus correrías nocturnas en la Villa Imperial disrazado de espectro nívoo con mucha más osamenta que carne.

(1) De derecha a izquierda se lee: "Nada hay tan engañoso como nuestro propio juicio". GRANDES INICIATIVAS, tomo 1, página 131. grupo editorial OCEANO, imprenta en España. año 1980.

José Franz Medrano Solares. Abogado, escritor literario, músico y corresponsal de periódicos y revistas. Email: medrano\_solares@yahoo.com

